

## CAPITULO VII

### LOS PAPAS ORGANIZADORES DE LA REACCION

Las grandes ideas hallan siempre grandes personalidades que las encarnen. La reaccion católica, iniciada con empeño despues del rompimiento entre la nueva Germania y la vieja Iglesia, debia tener terribles personificaciones. Al acercarse la segunda mitad del gran siglo décimosexto, se multiplica en multitud innumerable de varios hechos y toma terribles y pavorosos aspectos. Ya no vive aquel Francisco I, enamorado de Italia, heleno hasta los huesos, de brillante corte cual si hubiera nacido en la península de las inspiraciones y de las artes, pagano unas veces y escéptico muchas otras, tan capaz de aliarse con los luteranos como con los turcos si á sus intereses y á sus pasiones conviene; ya no existe aquel Cárlos V, en quien la filosofía moderna penetrara de suerte, que nieto de los fundadores de la inquisicion española, y heredero del gran reino católico, en el momento mismo de concluir su secular lucha con los infieles, abre su pensamiento al espíritu renovador del siglo y traza meditados pactos entre los antiguos y los nuevos dogmas; ya no existen tampoco ni la protestante Margarita de Navarra, que renueva las conciencias con su poderoso influjo, ni la hermosa Diana de Poitiers, que parece una divinidad del antiguo paganismo en lo sensual y en lo alegre; ya no existen las cortes del Renacimiento que coronaban como ídolos á los poetas y filósofos antiguos encendiendo lámparas al pié de sus pedestales convertidos en verdaderas aras; el pálido y siniestro Felipe II levanta en los espacios la inmensa mole del Escorial iluminada por el diabólico centelleo de las guerras religiosas y de las hogueras inquisitoriales como un catafalco erigido



*Catalina de Medici y Cárlos IX*

al eterno sueño del pensamiento humano: la sanguinaria María Tudor, con sus instrumentos de vieja parca en las manos, y los afectos de rencor y de venganza en el pecho, levanta los cadalsos y atiza las persecuciones; la maga y astróloga Catalina de Médicis, cubierta de luto eterno, especie de funeraria estatua con su hijo sanguinario y cruel á los piés, dá la señal de matanzas espantosas como solo se han visto en los imperios asiáticos, cuando reinaba la ley del exterminio; y mientras los padres del concilio de Trento consagran el despotismo pontificio, los negros jesuitas de Loyola, á guisa de esas agoreras aves atraídas por la podredumbre de la corrupcion y por el hedor de los cadáveres, en los campos de batalla, prepáranse á sacrificar en misterioso y terrible holocausto el humano espiritual y su imprescriptible libertad.

Pero nada tan diverso como las cortes pontificias en los comienzos y en las postrimerías del mismo siglo. Ya no reinan los Papas que se habian criado en los jardines de Florencia, cuando brillaban todavía la libertad y la República; ya no cantan aquellos coros que parecian escuchar los exámetros de Sófocles bajo el cielo de Atenas; ya no se ven aquellos artistas que pueblan de luminosas estrellas el espíritu y que revisten con sus pinceles y buriles todas las grandes ideas de perfectas y acabadas formas; los ciceronianos, ampulosos, pero brillantes, no hablan; los platónicos, á su vez, no piensan; guárdanse, como trastos viejos, las copas cinceladas por Benvenuto; suspéndice, como inútiles garrulerías, los diálogos calcados sobre las magníficas obras de la antigua academia; un hiperbólico mal gusto, una hinchazon desmedida, reacciones absurdas al escolasticismo muerto, Papas tristes y siniestros, tales gusanos se ven sobre la inerte Roma, que al comienzo del Renacimiento levantaba en los aires auras y sonoras abejas, ansiosas de etérea luz y henchidas de dulcísimas olorosas mieles.

La reaccion reina universalmente; y la reaccion es siniestra como la caverna umbrosa donde anidan las aves nocturnas, que no pueden resistir en su retina la luz del sol ni conocen las infelices el día. Los Padres del concilio, los jesuitas del colegio, los inquisidores y sus hogueras, se corresponden como términos varios de una misma idea. En vez de los ejercicios filosóficos, que hacian del espíritu algo mas dilatado que el espacio, abriéndole todos los horizontes y comunicándolo con todos los tiempos, los ejercicios de Loyola,

ideados para las alucinaciones que matan la inspiracion y engendran el error; en vez de los monumentos trazados por Sansovino y Paladio y Bruneleschi, las horribles y monstruosas iglesias jesuíticas, con sus estatuas y sus cuadros de decadencia, con sus endiablados adornos churriguerescos y borrominescos, á cual mas feo; con sus sacerdotes parecidos en lo pálidos y en lo huesosos y en lo frios á cadáveres ambulantes. Necesitábase un Papa que personificase todo esto y se halló en la persona de un fraile dominico, inquisidor, no tanto de oficio como de complexion, y que parecia evocado por un conjuro mágico del fondo de los panteones antiguos para exterminar al mundo moderno.

Inútil seria ocultar las virtudes indudables de Pio V por un ciego espíritu de oposicion á su obra, que no concordaria bien ciertamente con la imparcialidad propia del historiador moderno. Pio V bajo su tiara ostentaba todas las cualidades propias de un sacerdote, puro en su vida, rígido en sus costumbres, fervoroso en su fe, sincero en sus intenciones, severísimo en sus juicios, de increíble austeridad y de completa buena fe, como representando la reaccion religiosa de su tiempo empeñada en oponer á las inspiraciones del arte pagano restablecido por el Renacimiento y á la expansion del espíritu y sus ideas traída por la Reforma, una especie de austeridad sacerdotal en otros Papas vana y fingida, en este Papa, profunda y verdadera. No hay que curarse para nada de las incidencias del conclave que le nombró, repetidas con una monotonía desesperante sin ninguna interrupcion varia en todas estas reuniones. El duque de Florencia procedió como siempre y como siempre la República de Venecia y como siempre á su vez procedieron las cortes de Austria, Francia y España, maquinando mucho en pro de sus respectivos intereses. Un nuevo factor importante apareció en este conclave ordinario, el duque de Saboya. Los cardenales de Farnesio y Este volvieron á las mismas esperanzas y al mismo malogro. En vano aquel apeló á Francia y este á España, bajo cuyas órdenes tenia entonces á su hermano el gran general Alejandro. De nada le sirvió el sendo influjo y poder de los suyos. Morone, á quien todos agradecian la dissolution del tridentino concilio, pero á quien todos envidiaban como en el mundo se envidian siempre por todas las vulgaridades todas las grandezas, Morone, con títulos indudables para pontificar, no pontificó, víctima propiciatoria de mil bajas pasiones. Frustrada esta candidatura natural, surgió de

súbito quien debia ser como el protagonista en aquella ocasion del conclave, surgió Borromeo. Sobrino, como ya hemos contado antes, de Pio IV, valióle tal parentesco innumerables riquezas. Pero debe decirse con justicia en su loor que consagró estas riquezas á obras de universal caridad. Borromeo estaba en la estirpe de aquellos sacerdotes que creian necesarias las mayores virtudes en el clero para contrastar la revolucion y la Reforma; y no se contentaba con exigir las de los demás, cual suelen muchos aparatosos predicadores, las cumplia y practicaba él mismo para dar ejemplo ciertamente y por impulsos naturales de su voluntad y por satisfacer á su propia reflexiva conciencia. Desechada la candidatura de Morone, Borromeo se volvió al monje austerísimo, que podia personificar la sacerdotal virtud por él reclamada y lo nombró en su poder incontrastable, dándole imperioso encargo de continuar bajo la tiara con igual empeño que lo emprendiera bajo la cogulla, el enorme y terrible combate con la corrupcion clerical dentro de la Iglesia y fuera de la Iglesia con la revolucion religiosa.

Pio V, al verse Papa, sintió por todas las venas y por todos los nervios de su cuerpo un escalofrio terrible. Por lo mismo que tan exaltado se veía en esta vida, veíase perdido en la otra. El Pontificado, en su concepto austero, tenia mas cargas que lucros y mas deberes que privilegios. Nadie debia temer tanto al infierno como un Papa poco cuidadoso de su oficio y poco atento á la responsabilidad abrumadora contraída con su exaltacion. Así, el contacto de la tiara en la frente le pareció el contacto de la guadaña; y al mirar desde las alturas el abismo, entrevió las llamas infernales de azufre y el genio del mal revoloteando con sus alas de murciélago en torno del pontificio trono. Ningun adalid mahometano de cuantos han segado con su alfanje pueblos y generaciones para implantar sobre la tierra desierta el Koran revelado, ninguno tenia tan arraigada la idea de la purificacion del hombre por el hierro, por el fuego, por el exterminio, como este cruel Pio V. Mataba, quemaba por caridad y por amor, creyendo que no valia el cuerpo, triste y frágil armadura para el combate de un dia, si se salvaba de algun modo, aunque fuese allá en los horrores del sacrificio y en las hogueras del santo tribunal de la fe ortodoxa, el alma destinada en los designios de Dios á una eterna vida. A los catorce años ya era dominico. Jamás vocacion alguna se despertó y se cum-